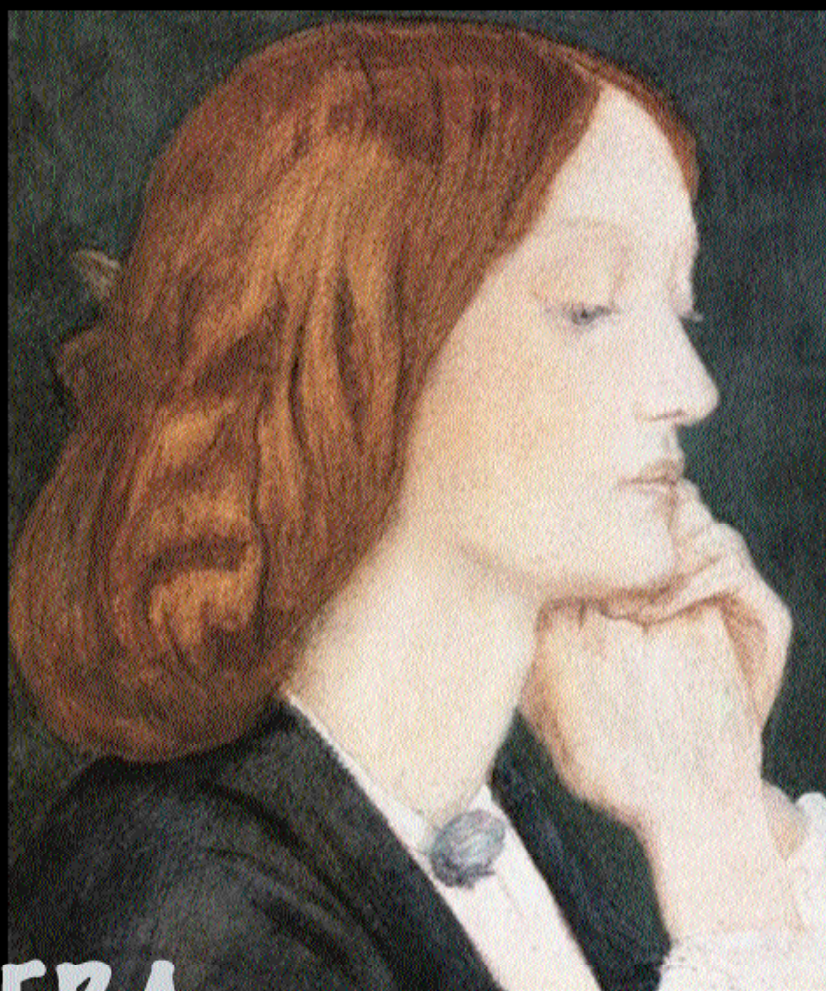


VILLIERS de L'ISLE-ADAM



VERA
y otros cuentos crueles

MALDOROR ediciones



VILLIERS DE L'ISLE ADAM

VERA
y otros cuentos crueles

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Contes cruels

Jose Corti, París 2005

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia

ISBN 13: 978-84-96817-92-0

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

Vera
y otros cuentos crueles



Vera

A la condesa d'Osmoy

La forma del cuerpo le resulta más esencial que su sustancia.

(La fisiología moderna)

El amor es más fuerte que la muerte, dejó dicho Salomón: sí, su misterioso poder es ilimitado. Sucedió durante uno de esos crepúsculos otoñales que se dan en París, hace unos años. Los últimos carruajes del bosque –ya con las linternas encendidas–, rodaban hacia el sombrío barrio de Saint-Germain. Uno de ellos se detuvo ante el pórtico de una gran casa señorial, rodeada de seculares jardines; el arco mostraba un escudo de piedra, con las armas de la antigua familia de los condes d'Athol: *una estrella de plata en campo de azur*, con la divisa “Pallida Victrix” bajo la corona realzada de principesco armiño. Las pesadas hojas de la puerta se abrieron. Un hombre de treinta y cinco años, enlutado, con el rostro mortalmente pálido, descendió del carruaje. En la escalinata, taciturnos sirvientes mantenían en alto las antorchas. Sin mirarles, subió los escalones y entró. Era el conde d'Athol.

Vacilante, subió las blancas escaleras que conducían a la habitación donde, aquella misma mañana, había depositado en un féretro forrado de terciopelo y cubierto de violetas y batista, a Vera: su voluptuoso amor, su pálida esposa, su desesperación.

En lo alto, la puerta giró suavemente sobre la alfombra; a continuación, él se aplicó en alzar los cortinajes.

Todos los objetos estaban en el mismo lugar donde la condesa los había dejado la víspera. La muerte, súbita, la había fulminado. La noche anterior, su bienamada se había desvanecido en goces tan profundos, se había perdido en tan exquisitos abrazos, que su corazón, roto de delicias, no pudo soportarlo y desfalleció: sus labios se mojaron de pronto con un púrpura mortal. Apenas tuvo tiempo de darle a su esposo un beso de adiós, sonriendo, sin pronunciar una sola palabra; después, sus largas pestañas, como crespones de luto, se cerraron sobre la bella noche de sus ojos.

Aquel día sin nombre había transcurrido.

Hacia el mediodía, el conde d'Athol –después de la infausta ceremonia en el panteón familiar–, despidió en el cementerio a la fúnebre escolta. Un vez solo, se encerró con la muerta, entre los cuatro muros de mármol, y cerró la puerta de hierro del mausoleo. El incienso ardía en un trípode, ante el ataúd: una luminosa corona de lámparas aureolaba la cabecera de la joven difunta.

Él, de pie, ensimismado, con el único sentimiento de una ternura sin esperanza, había permanecido allí todo el día. Hacia las seis, con el crepúsculo, salió del lugar sagrado. Al cerrar el sepulcro, sacó la llave de plata de la cerradura y –de puntillas en la última escalinata–, la arrojó suavemente en el interior de la tumba; la había lanzado sobre las losas interiores, a través del trébol que adornaba la parte superior del pórtico. ¿Por qué todo esto...? Quizá movido por alguna enigmática decisión de no volver allí nunca más.

Y ahora contemplaba la habitación y el vacío que *Ella* había dejado.

La ventana, tras los amplios cortinajes de cachemira malva recamados en oro, estaba abierta: un último destello del atardecer iluminaba el marco de madera –sometido a la pátina del tiempo– y el retrato de la difunta. El conde echó una mirada en torno; todo seguía igual: la ropa arrojada la víspera sobre un sillón, las alhajas en un ángulo de la chimenea francesa, el collar de perlas, el abanico semicerrado, los pesados frascos de perfume que *Ella* no volvería a aspirar. Sobre el lecho de ébano con columnas retorcidas, aún revuelto, junto a las almohadas, donde todavía era visible entre los encajes la huella de la cabeza adorada, vio el pañuelo enrojecido por las gotas de sangre del instante en que su joven alma se separó del cuerpo. El piano abierto, sugiriendo una melodía inacabada. Las flores indianas recogidas

por ella, en el invernadero, y que se marchitaban en viejos jarrones de Sajonia; y, al pie del lecho, sobre una piel negra, las pequeñas chinelas de terciopelo oriental, en las que resaltaba –bordada en perlas– la simpática divisa de Vera: *Quien ve a Vera la ama*. Los pies desnudos de la bienamada aún vivían ayer mismo dentro de ellas, y, a cada paso, eran acariciados por aquella vellosidad de cisne. Y más allá, en la penumbra, el reloj de péndulo, cuyo resorte él había roto para que no sonasen ya otras horas.

Así, pues, ella había partido... ¿A dónde...? Vivir ahora, ¿para qué...? Era imposible, absurdo.

Y el conde se abismaba en pensamientos desconocidos.

Rememoraba su pasada existencia. Habían transcurrido seis meses desde su matrimonio. ¿No fue en el extranjero, en un baile de embajada, donde la vio por primera vez...? Sí. Aquel instante revivía claramente ante sus ojos. Ella se le aparecía allí, deslumbrante. Aquella noche sus miradas se habían encontrado. En lo más íntimo, ambos se reconocieron de naturaleza semejante, como hechos para amarse eternamente.

Las palabras de doble filo, las escrutadoras miradas, las insinuaciones, todas las dificultades que suscita el mundo para retrasar la inevitable felicidad de aquellos que se pertenecen, se habían desvanecido ante la tranquila certidumbre que tuvieron, el uno del otro, en el mismo instante de verse.